

Editorial

La fascinación, respeto y temor hacia los elementos del mundo natural son sentimientos tan antiguos como la humanidad, lo que ha motivado creencias, ritos y prácticas espirituales relacionadas con los ciclos de la vida. El largo proceso de la relación cultura-natura iniciado con las primeras civilizaciones, generó un profundo conocimiento del planeta: climas, hidrología, suelos, vegetación, fauna, periodos astronómicos. Innumerables culturas se reprodujeron y evolucionaron gracias a que este conocimiento se vinculó con la domesticación de especies y la conformación de paisajes culturales, en los que se integran componentes naturales y culturales. Con ello también se desarrolló el interés de proteger y conservar el sustento de la vida.

En la era moderna se dio paso a la preservación, buscando mantener sitios con la menor presencia y perturbación humana; se trata básicamente de los llamados parques nacionales, los cuales se han enfocado también a la recreación de la población urbana mediante el turismo.

El proceso de la conservación ha privilegiado el enfoque biológico-ecológico ligado a la biodiversidad silvestre; sin embargo, es un contrasentido no considerar la influencia humana y sobre todo, la ocupación histórica del territorio por los pueblos originarios, así que resulta fundamental evaluar las propuestas desde la perspectiva de la sociología de la conservación.

Hoy en día, los evidentes cambios ambientales y la existencia de más de 7 mil millones de humanos en el planeta (unos 120 millones en México), prácticamente sin espacios naturales que no hayan sido modificados o afectados por las actividades humanas, son factores que nos impulsan a analizar el valor intrínseco del mundo natural y cómo debemos convivir con él, considerando procesos geocológicos y socioculturales. El crecimiento poblacional; la ocupación territorial por asentamientos humanos, en especial las

ciudades; la modificación de los ecosistemas naturales debido a aspectos productivos, y el impacto sobre especies, poblaciones y comunidades naturales, son factores que hacen pensar que las personas tienen el poder de decidir ¿qué se queda, qué se va?

Todo esto ha motivado debates político-científicos acerca de los objetivos y procesos para la conservación de la naturaleza. ¿Únicamente hay que conservar lo que nos es útil, es decir, los recursos naturales? ¿Cuáles son, de quién son, para quién y cómo conservarlos? ¿Lo que no sirve a la especie humana, no merece ser protegido? ¿Es una obligación heredar un mundo mejor que el recibido por nuestros ancestros?

En este número de Ecofronteras, más que responder a tan profundas y complejas interrogantes, queremos contribuir con más reflexiones y preguntas a temas fundamentales para el futuro planetario, mostrando algunos de los rostros de la conservación; por ejemplo, el del largo proceso de humanización de paisajes, en los que los pueblos originarios manejaron el suelo fértil, las plantas que nos alimentan y se relacionan con las semillas que inician el círculo vida-muerte; el respeto y veneración de sitios considerados sagrados, o los beneficios que brindan las áreas naturales protegidas a la sociedad y para profundizar en el conocimiento científico de la estructura del mundo natural.

También abordamos el tema de la conservación *ex situ* como un medio para mantener muestras de una población o especie fuera de sus ambientes naturales; planteamos la importancia de la franja costera como interfase entre lo terrestre y lo marítimo, y finalmente presentamos una reflexión que liga la vivencia individual con la colectiva para conservar el patrimonio biocultural. La inquietud por ahondar en estos temas continúa, y este número de Ecofronteras es apenas una pequeña muestra.

Miguel Ángel Vásquez Sánchez, Departamento de Sociedad y Cultura